

Detrás de la línea de la pobreza

LA VIDA EN LOS BARRIOS
POPULARES DE MONTEVIDEO

VERÓNICA FILARDO
UNIVERSIDAD DE LA REPÚBLICA

DENIS MERKLEN
UNIVERSITÉ SORBONNE NOUVELLE



2023

Introducción

TAL VEZ INVESTIGAR SIGNIFIQUE poner una palabra entre paréntesis. Así lo pensaba Émile Durkheim y no sin razón, para ver «las cosas que están detrás de las palabras». Incluso cuando eso que está detrás de las palabras son otras palabras, agregamos nosotros. De golpe, el investigador advierte todo lo que un vocablo tapa. Se estira detrás de él, busca correrlo un poco, espía debajo suyo para intentar ver qué hay detrás, al costado, debajo. Es que los significantes nunca están vacíos ni son transparentes, siempre se presentan a nosotros llenos de cosas que quieren decir. ¿Qué quiere decir *pobreza*? Y tampoco hay cosas que no signifiquen. No nos encontramos frente a un mundo insignificante que podríamos ir a ver para luego volver junto a los nuestros a contar lo visto y así regado de palabras integrarlo a nuestra cultura común. Más bien el sociólogo escucha hablar, discutir, observa hacer y oye hablar de lo que se hace. Y todo eso que escucha, monocorde o polifónico, lo lleva a explorar las cosas y las palabras que se refieren a las cosas, y las palabras que llevan a otras palabras y las maneras de decir distinto con la misma palabra.

Este libro y la investigación que le dio origen están motivados por los entendidos y los malentendidos que observamos cada vez que oímos la palabra *pobreza*. Un vocablo muy viejo que sin dudas no pone término a nada, sino que más bien abre a una historia que recomienza, desafortu-

nadamente, sin cesar. La pobreza es objeto de querellas y de disputas, de movilizaciones y de políticas desde tantísimo tiempo atrás. Pero ese no es nuestro propósito. Queremos decir que fuimos a investigar a partir de los *quid pro quo* que escuchamos y observamos en el Uruguay de hoy. Ese tomar una cosa por otra que se produce al final del tercer período de gobierno del Frente Amplio que habrá gobernado por izquierda desde 2005 y que habrá conseguido hacer desaparecer la indigencia y reducir lo que los uruguayos entienden por pobreza. Y de alguna manera, este mirar al Uruguay es un mirar a América Latina que, más o menos, en el mismo período, puso en varios países al frente de sus Estados a gobiernos que buscaron combatir la pobreza y que lo lograron con mayor o menor fortuna. A la salida de la era neoliberal con la que se desbarrancó el siglo XX, en el país menos desigual de América se consideraba que cuatro de cada diez ciudadanos eran pobres, hoy son menos de ocho de cada cien. Y sin embargo, esta disminución del 40% al 8% de pobres resulta insoportable a los herederos de Artigas y de Batlle, lo que habla de la buena salud política de este país.

Karl Marx decía que si las cosas fuesen lo que aparentan ser, la ciencia no sería necesaria, y pensaba también que no alcanzaba con discutir o definir conceptos para que los problemas del mundo se solucionaran. Un negro es un negro, escribió, y sólo en determinadas condiciones se lo convierte en esclavo. Un pobre es un pobre, escribimos hace algún tiempo, y definiendo qué es la pobreza no necesariamente avanzamos en la resolución de la cuestión social¹. Entonces, ¿qué es lo que en nuestro caso motiva la investigación, es decir, la ciencia? ¿Estamos diciendo que la pobreza no es lo que aparenta ser?

¹ MERKLEN, D.: «Un pobre es un pobre. La sociabilidad en el barrio, entre las condiciones y las prácticas», *Revista Sociedad*, n° 11, Buenos Aires, 1997, pp. 21-64.

Casi. Queremos decir que el modo en que las ciencias sociales, la política y el periodismo entienden la pobreza no recubre todo lo que podría cubrir y que encubre mucho de lo que queda por descubrir. También decimos que orienta y delimita la acción del Estado social en una dirección, sin dudas demasiado estrecha. Por ello, hay que volver a acercarse a la vida que late y se agita detrás de la palabra pobreza. Luego de que las estadísticas resumieran en una curva a la vieja cuestión social, se trata de volver a la vida para restituirle su complejidad y poder volver a pensarla, para poder actuar mejor sobre ella. Y a esa aventura nos lanzamos con un equipo de investigación financiado por el Ministerio de Desarrollo Social (MIDES) y coordinado entre la Universidad de la República (Uruguay) y la Sorbona (Francia).

Este libro contiene una serie de narraciones sobre la vida en los barrios pobres de Montevideo. Algunos nuevos asentamientos, como el 24 de Junio, Nueva España o El Viñedo; Villa García; viejos barrios obreros como Santa Catalina, La Teja, el Cerrito, Marconi o Punta de Rieles. Relatos y descripciones de aquello que vimos y oímos durante algo más de un año y medio entre fines de 2017 y mediados de 2018. El término *pobreza* designa personas y situaciones, circunscribe espacios, define categorías sociales. Organiza discusiones, respecto a la desigualdad o al progreso, por ejemplo. Tal como se presenta hoy, el uso de la categoría pobreza dificulta y oculta otros problemas no menos reales, como los que se pensaron y deberían seguir pensándose a través de expresiones como conflicto o lucha de clases. Con las estadísticas en mano decidimos poner en marcha una investigación de tipo etnográfica con el afán de restituir la complejidad allí donde la categorización disponible simplifica excesivamente.

Hay hoy en juego dos tipos de significado de la pobreza. En su primera versión, la palabra habita desperdigada,

fragmentada y diseminada en los laberintos de la vida social, de la vida psíquica difusa, decía unavez más Durkheim. Está hecha de canciones, de representaciones religiosas, de tradiciones diversas, de ideologías políticas, de discursos que se lanzan a la discusión en el boliche, en el ómnibus, en la cocina o en la esquina del barrio, en la vereda de la escuela, en los lugares de trabajo, en la comisión barrial, el club de fútbol o la feria. Pobreza es una palabra vasta y polisémica, también cargada de contenidos morales. Hay una segunda versión, más estrictamente determinada, cuyo significado se despliega bajo control técnico. Esta es la acepción que las ciencias sociales brindaron a la política y al periodismo. Allí la palabra pretende ser concepto, se institucionaliza y conduce la política pública. En esta versión, *pobreza* significa todo lo que está debajo de la «línea de la pobreza», lo que en el Uruguay de hoy quiere decir que es pobre todo individuo que percibe un ingreso inferior a 13.487 pesos uruguayos (unos 366 dólares estadounidenses)². Todos esos significados de la pobreza, el técnico y los otros, se mezclan; y conviene estar atentos al modo en que eso ocurre.

Dos problemas principales guiaron nuestro trabajo. En primer lugar está lo que nos dicen objetivamente las estadísticas: que la inmensa mayoría de quienes eran pobres en 2004 han dejado de serlo hoy³. ¿Significa esto que la pobreza ha prácticamente desaparecido, que se ha convertido en un problema marginal? Según el criterio técnico,

- 2 Nota a la segunda edición: los valores indicados en el texto corresponden al momento en que se realizó la investigación. En este caso 13.487 pesos es el valor oficial de la línea de la pobreza en 2018 y su equivalente 366 dólares corresponde a la cotización de la moneda norteamericana en ese momento. Es con ese criterio que deben leerse los valores dados a lo largo de todo el libro, como valores para 2018.
- 3 Nota a la segunda edición: del mismo modo *hoy* refiere al momento de la redacción del manuscrito de la primera edición: *hoy* es 2019 a lo largo de todo el libro.

que es el que se utilizó durante los años 1980 y 1990 para criticar justamente el aumento de la pobreza, esto es evidentemente así. Pero tal vez deba interrogarse lo que significa ese aumento del ingreso a la luz de una concepción más amplia de la cuestión social. Deberíamos preguntarnos por la relación entre los grupos sociales que componen la sociedad uruguaya y deberíamos preguntarnos cómo es la vida de aquellos que siguen estando debajo de la línea de pobreza y la de aquellos que subieron por encima de ese umbral. En segundo lugar está lo que el Estado ha hecho para responder a la cuestión social, lo que está haciendo y lo que se plantea hacer, lo que logra hacer y lo que debería hacer. La lucha contra la pobreza, entendida en su sentido técnico, no alcanza para orientar la acción del Estado en materia social y vemos que se confunde lo que se mira toda vez que se evalúan las políticas sociales de ese modo. La imposición del criterio técnico de la pobreza nos lleva a pensar que si la curva de la pobreza en una gráfica disminuye, las políticas sociales son correctas porque luchan bien contra la pobreza e, inversamente, se considera que si la curva no cede, el gobierno o el ministro están errando.

Para aclarar el asunto, pensamos que los eternos debates sobre cómo debe estimarse estadísticamente la pobreza no nos conducían muy lejos. Así nos dirigimos al MIDES para proponerle una investigación de tipo etnográfica, pues es sobre las espaldas de este Ministerio que la sociedad uruguaya ha cargado la responsabilidad de luchar contra el flagelo y porque el propio gobierno del Frente Amplio creó el MIDES con la promesa de atacar eficazmente el problema.

Así fuimos a ver la vida en los barrios más pobres de Montevideo. Intentaremos ver las transformaciones sociales que esa vida necesita. Y para ello, buscamos describirla antes, entenderla, ponerla en contacto con lo que la sociología, la historia y la antropología nos han ense-

ñado cuando a su turno observaron la vida de las clases populares en otros momentos y en otros lugares. Partimos del punto de vista de que lo que veíamos allí era una clase social, o un segmento de ella, en conflicto con otros grupos y clases. Esa simple decisión nos aleja ya de la perspectiva de la pobreza que supone más bien que hay sectores sociales (y no clases); que la gente está allí, en una situación de pobreza y que hay que ir a sacarla de ese lugar, que esa es la tarea del Estado. O la variante de buena conciencia: la pobreza como un lugar indeseable en el que está la gente y del que se trata de ayudarlos a salir. Una perspectiva que reduce la sociedad a una conceptualización de poca riqueza, por no decir muy pobre, porque en ese mundo pareciera que no hay relaciones sociales ni políticas, como si la suerte de los pobres no estuviese ligada a la de los ricos.

Nosotros en cambio, nos acercamos a los barrios populares para describir relaciones sociales. De parentesco, dentro de las familias y entre las familias, hacia afuera, de vecinazgo. Es decir, las formas locales de solidaridad. Contaremos entonces cómo se van llevando las cosas en el barrio. Allí vimos actuar al Estado y a sus instituciones, que también forman parte de la vida local. Las políticas sociales «de proximidad» principalmente implementadas por el MIDES a través de sus programas que llevan precisamente ese nombre. Pero también observamos a la escuela, la medicina a través de las policlínicas y los hospitales, la policía, las cárceles y los cuarteles que están allí cerquita de los barrios en los que trabajamos; porque muchos de los vecinos de esos barrios son policías, otros son soldados y unos cuantos están, han estado o estarán presos. También observamos las relaciones sociales que no se ven, las que no ocurren en la proximidad. No nos contentamos con ver en el barrio a niños, viejos y mujeres, que son la mayoría de quienes están allí cuan-

do vamos a hacer trabajo de campo sin vivir con ellos. Así escuchamos a aquellos que salen cada día del barrio a ganarse el dinero con qué comer, en su mayoría hombres. ¿Cómo es la economía doméstica y cuánto vale una casa? ¿Cómo se cuida de los niños enfermos? ¿Cómo son los intercambios en el espacio de las solidaridades locales? ¿Qué pasa cuando una moto reemplaza a una yegua para el requeche? ¿Cómo se vive junto a un arroyo pestilente? ¿Y en la zona inundable de una laguna temporal? ¿Cómo se pasa allí el invierno? ¿Y el verano? ¿Cómo se organiza la circulación de mujeres entre las familias? ¿Y la de los hombres? ¿Cómo son las formas de la propiedad cuando los bienes inmuebles no son de posesión legal? ¿Qué hacen los pobres con el dinero de las prestaciones sociales? ¿Y cómo interfieren esas prestaciones en las relaciones entre los hombres y las mujeres? ¿Qué hacen los operadores de los programas sociales con tantísimos problemas que afectan a aquellos que viven sometidos a la precariedad? ¿Cómo funciona la economía de la violencia entre el robo, el tráfico y los conflictos con la policía? ¿Cómo son las relaciones entre sexualidad, violencia de género y vivienda? ¿Qué ocurre con las estructuras locales del parentesco cuando el Estado interfiere en las violentas relaciones entre los hombres y las mujeres?

Estas y tantísimas otras preguntas se hicieron nuestras cuando corrimos la palabra pobreza y nos acercamos a los barrios de las clases populares de Uruguay. Vamos a ver la vida en los barrios populares, detrás de la pobreza.

LA HISTORIA VISTA POR LA OPERADORA
DE URUGUAY CRECE CONTIGO

Mariana era una de las operadoras de UCC que trabajaba con la adolescente embarazada de esa familia cuando el INAU intervino. Y estuvo en contacto con la familia desde mucho antes. La dupla de UCC estuvo cuando encarcelaron a la mamá (con dos de los niños, ambos menores de tres años) que se sumó al encarcelamiento del papá, momento en que los tres hijos mayores, pero menores de 18 años, quedaron a cargo de una supuesta pariente de la madre con deficiencia intelectual, lo que se evaluó como una situación de riesgo para ellos.

Mariana trabajó en UCC casi dos años y medio. Se fue a raíz del episodio de judicialización de esta familia y de la amenaza hacia su persona: *«Bueno, en noviembre del 2015, cuando empecé en UCC, mi primera familia que yo ingresé fue la de esta mujer, porque en realidad te dividís las familias, cada una de la dupla tiene que tener veinte. Empezamos a trabajar con ella y tu, la mujer no adhería. Tenía dos hijos chicos. Adherir quiere decir no suscribir a nuestra propuesta, porque le decímos así. No adhiere es como "no nos da bola"».*

A pesar de que la mamá no demostraba interés, continuaron haciéndole visitas con Daniel, el trabajador social del Plan Aduanas que seguía a los dos chiquitos. Un día la hija mayor de dieciséis años las llama por teléfono para decirles que la madre había quedado presa el fin de semana: *«Ahí nos pusimos a indagar y hay una*

dupla de UCC que trabaja en cárcel con mujeres privadas de libertad que están con los hijos. La llamamos y, efectivamente, el fin de semana había quedado presa por un problema que había tenido al tratar de entrar droga en el pañal del hijo al COMCAR cuando fue a visitar a su pareja. Cuando queda privada de libertad automáticamente empiezan a trabajar con la dupla de cárcel. Entonces nosotros nos desligamos de la situación, pero habíamos generado muy buen vínculo con los hijos, con la hija de dieciséis y con la hija de nueve. Y nosotros hicimos un par de visitas que, en realidad, no nos correspondían, pero si les pasaba algo nos llamaban, nos iban a buscar al centro de salud... Fuimos a hacer una visita un día, para saber, porque eran menores, para saber a cargo de quién estaban».

Es así que detectan que estaban a cargo de una mujer «supuestamente prima de la madre» con una discapacidad intelectual «muy grande». La adolescente los fines de semana iba a buscar a sus hermanos chiquitos a la cárcel y se quedaban en la casa con esta señora. Un día la señora le pegó a la adolescente y la tuvieron que internar y siempre llamaban a «*las muchachas de UCC*». Frente a esta situación la dupla de UCC fue hablar con su supervisora en la instancia en la que hablan de las diferentes intervenciones y plantearon hacer un informe porque «*nos parecía una situación de riesgo estos niños a cargo de esta mujer, pidiendo una visita de INAU para que ellos evaluaran*». Mariana no sabe si la visita se llegó a hacer, lo que sí sabe es que a esta familia le pasaron en ese tiempo cosas horribles. La adolescente internada por lesiones, les prendieron fuego la casa —presumiblemente por narcotraficantes, ya que la pareja de la mamá que estaba preso pertenecería a los «*pesados del Marconi*». Y siempre recurrían a ellas. Después de eso, en octubre de 2016, la mamá vuelve a la casa con los hijos. «*Nosotros nos acercamos en ese momento. Ella, muy agradecida por todo lo que habíamos hecho*».

Sin embargo, la propuesta de retomar la intervención es nuevamente rechazada. Les dijo que no. Meses después, en un cruce en la calle, la mamá les dijo que la adolescente de dieciséis años estaba embarazada y que quería que trabajaran con ella. «*Y ahí ya empezó como una situación rara porque había un tema de que ella decía que la hija quería interrumpir el embarazo, la hija decía que no. Ahí empezó como un enredo enorme*». La dupla de UCC logra que la adolescente inicie los controles con Laura, la médica de la policlínica, y también que haga el seguimiento de los dos hijos más chiquitos que habían estado en la cárcel con la mamá. Aunque trabajaban con la hija embarazada a la que visitaban en la casa, la mamá seguía diciendo que no quería que trabajaran también con ella, a pesar que las operadoras visualizaban un «*descuido enorme [de los dos niños chicos], enorme. En el tema de controles médicos, en el tema de enfermedades, en el tema de peso, todo*».

El «enganche» con CAIF, a pesar de haberlo intentado, no lo pudieron conseguir las operadoras de UCC, pero Laura sí lo logra. Empiezan a ir. En el CAIF también se dan cuenta de la situación de riesgo de los niños.

Al igual que Laura, las operadoras de UCC suponen que la mamá tiene un trastorno psiquiátrico que requeriría atención, pero no consiguen que vaya a un especialista. Los problemas resurgen cuando nace la nieta: «*Ahí tuvimos un trabajo muy difícil porque ella se sentía madre de su nieta, de esta bebé que nació. Fue muy difícil eso. Muy difícil. Y aparte inventaba cosas. Nos llamaba y nos decía que la habían amenazado en el Pereira¹, que se la iban a llevar... Fue muy fuerte, cosas que no pasaban, que no estaban pasando en ningún momento*».

También los vecinos intervienen y la denuncian. Mariana cuenta que la mamá tuvo que ir a declarar varias

¹ Hospital Pereira Rossell. Especializado en atención materno-infantil.

vezes a la comisaría. Antes de las fiestas de fin de año de 2017 «nos llamaban de INAU porque habían llegado informes de otros lados, que no sé de dónde fueron porque no fueron del CAIF, que era la otra institución que estaba trabajando con ella, que ya tenía varias denuncias y que entonces querían tener una reunión con nosotros que habíamos trabajado con ella. En la reunión estuvo Laura, estábamos nosotros y el CAIF no estaba porque ya habían cerrado».

En enero se reúnen y se llega, después de pensarla mucho, a que la mejor solución para estos niños era institucionalizar a los dos más chicos, porque la mayor, madre de una beba, ya llegaba a la mayoría de edad y la familia paterna de los más grandes eran referentes positivos, mientras que la familia paterna de los más chiquitos no, porque estaban «metidos en el narcotráfico».

El relato de Mariana es absolutamente coincidente con el de Laura, la médica. El INAU llega dos meses después y «se lleva a uno de los hijos», que era el que estaba en la casa en ese momento, porque la mamá había salido con los otros. Automáticamente el barrio reacciona ante el hecho: «queman neumáticos, hubo corte de calle, de todo, por lo que había pasado».

Mariana: «La mamá una semana después de que se llevan al hijo tiene que ir a declarar. En ese lapso, mi supervisora habló con el equipo de INAU y pidió que por favor recorran la confidencialidad, que era una familia muy pesada del barrio, que nosotros estábamos ahí, todo eso. Desde la policlínica también llamaron al INAU para recordarles eso. La cosa es que, yo no sé bien cómo fue que pasó, pero el día que la mujer va a declarar, cuando se va, la jueza le da el decreto y el decreto dice [...] “por informe de UCC... blablabla, pasa todo lo que tiene que pasar”. O sea, [...] las que quedamos expuestas fuimos nosotras. Y en realidad la que quedó expuesta fui yo porque yo en el medio de todo este largo proceso tuve cambio de dupla».

Del juzgado la mamá va a la policlínica y ocurre el episodio que ya fue relatado por Laura, que de inmediato pone en antecedentes a Mariana. Así fue que «de ahí no volvimos más al barrio, porque aparte es una mujer que está bastante pesada por su ambiente, sus relaciones en el barrio».

Mariana nos cuenta que después se desligaron de la familia y de la situación, pero que ella tuvo ataques de pánico como consecuencia de eso. No encontró respaldo ni de su supervisora, ni del MIDES y renunció al programa, mientras estaba de licencia: «Fue automático: renuncié y se me fueron los ataques de pánico. Pero ta, no tuve respaldo. [...] Nunca me había pasado una situación así y yo pensé que iba a tener tremendo respaldo y no lo tuve. Mi supervisora no sé si era porque justo se estaba postulando para otro cargo o qué, pero ta, se hizo la boluda salado. Salado, salado. De los que tuve respaldo, sí, fue de mis compañeras. De todo mi equipo...»

Mariana relata que en el MIDES le propusieron que se cambiara de barrio, pero eso suponía cambiar de equipo, que no era una buena opción para ella. Frente a esa alternativa, decide renunciar. Protocolarmente se realizan entrevistas de evaluación con las «facilitadoras» cuando algún operador renuncia, quienes están jerárquicamente en un puesto superior a las supervisoras del programa.

Mariana: «Siempre que te vas de UCC al final te hacen como una entrevista de evaluación y el día que yo tuve la entrevista —la entrevista la tenés con las facilitadoras, que son las que están arriba de tu supervisora— cuando empecé a contar la situación, la mujer no sabía nada. No sabía nada, nada. Sabía que había estado certificada, pero nunca se había enterado de la gravedad de la situación, nunca se enteró del motivo por el cual, desde mi equipo, se pedía que no me cambiaran. Nunca se enteró de nada. [...] La persona que estaba por arriba de mi supervisora no sabía nada, no tenía ni idea de nada, de nada, nada».

Le preguntamos a Mariana por qué cree que los mismos vecinos que denunciaron a la madre por la Línea Azul, por descuido con los hijos, salieron a quemar cubiertas para defenderla cuando el INAU se lleva al hijo. Mariana responde: «*En realidad me parece que es parte del funcionamiento. Capaz que yo lo tengo bastante naturalizado. En esa calle donde vive [...] nosotros teníamos varias familias pegadas. Y te pasa que vas un día y te dicen "la vecina es una fenómena" y que vas a la semana y te dicen "mirá cómo esta tiene a los hijos, mirá que no sé qué, que habría que denunciarla". Y ta, es así. Es como que va variando*».

Agrega que esas familias con las que hacía tiempo trabajaban y habían establecido buen vínculo, no volvieron a responderles el teléfono luego de este suceso. Una explicación que recuerda casi punto por punto el importante trabajo realizado por Gerard Althabe en los años 1990 sobre la relación de la población de tres barrios populares con las políticas sociales (un estudio realizado en la ciudad de Nantes). Althabe describe cómo las familias instruyen juicios los unos contra los otros, se acusan de ser malos padres, ebrios, vagos, delincuentes... como un modo de enviar al vecino hacia lo que el antropólogo ha llamado «el polo negativo» que representan las autoridades de la política social, sobre todo cuando toman a cargo la educación de los niños que los padres no pueden garantizar².

2 ALTHABE, G.: «Procès réciproques en HLM», en G. Althabe et alii.: *Urbanisation et enjeux quotidiens*, París, L'Harmattan, 1993, pp. 13-47.

REFLEXIONES A PARTIR DEL CASO

Este evento permite colocar algunos elementos para establecer ejes de reflexión sobre el trabajo territorializado de algunos agentes del Estado que trabajan con estas familias. Evidencia que se funciona en red, con vínculos más o menos fuertes, pero que los lazos entre los profesionales que «intervienen» efectivamente existen y funcionan como una «red de contención» para ellos mismos. Ellos entienden las reacciones de las familias, se protegen, se ponen en contacto de inmediato si algo ocurre («*enseguida la llamé y le dije que no vinieran*») se cuidan entre sí.

A su vez, las familias están simultáneamente «intervenidas» por muchas instituciones. En este caso CAIF, UCC, policlínica, escuela, programa Aduana, INAU, sistema judicial y cárcel. Está claro que no todas las instituciones tienen las mismas funciones ni las mismas lógicas para acompañar a estas familias y que los procesos de intervención están intermediados por todas ellas. El resultado del proceso termina muchas veces siendo ininteligible para las familias y para los operadores («*no entendemos*», «*no sabemos qué va a pasar, ni cuándo*»). Si ese resultado provoca reacciones, los operadores de proximidad son la primera línea de fuego para enfrentarlas. Y ese no entender muchas veces está determinado por la extrema dureza de condiciones de vida conflictivas, dramáticas, cuyo desenlace no permite una solución

aceptable para todas las partes. No se asiste apacible a la internación de un menor, a la separación de un grupo de hermanos, al encarcelamiento de un familiar, a la imposición de un tratamiento médico o psiquiátrico, a la suspensión de una ayuda. Lo inaceptable se vuelve incomprendible por doloroso.

Estar en la primera línea de fuego implica un nivel de exposición que vale la pena poner de relieve, en torno a las múltiples aristas que presenta. Por un lado, la operadora de UCC es amenazada de muerte a partir del resultado de ese proceso. Se vuelve *«el foco del odio»* o el chivo expiatorio no sólo de la familia, sino del barrio. Las familias no quieren seguir trabajando con el programa a partir de ese episodio y el programa no sólo retira a la operadora, sino que el programa mismo se retira.

La médica de familia, que también interviene en el proceso, es a quien la familia recurre, a quien piden ayuda, para saber qué hacer, para entender qué pasó, a ella quieren explicarle, es el ser humano que encuentran que les permite conectarse con algo que se llama Estado, que toma decisiones sobre sus vidas, sobre las relaciones con sus hijos, la vida de ellos —la madre ni siquiera sabe a dónde lo llevaron. Ese Estado que no tiene cuerpo al que enfrentar, al que mirar o golpear o explicar o frente al que llorar. Es a la doctora a quien se acercan para contarle de ahí en más el proceso que siguen. Y para la doctora las emociones de sentirse *«traicionándola»*, por haber dado la opinión pensando en el bienestar de los niños, de tener *«que remar»* sus reacciones, de buscar una alternativa sobre la que trabajar a largo plazo a partir de ese resultado, de hacer el seguimiento para lo que se viene, de acompañar un proceso que tampoco entiende del todo, que reconoce que tiene errores, que no repara los problemas, que probablemente no conduzca a los resultados esperados (el acontecimiento en el Tribal, hogar del INAU en que

quedó una de las chicas, que a su vez la mediatisación muestra a la ciudadanía las condiciones del «amparo», el periplo de los dos más chicos que terminan a cargo de una de las familias de peor reputación de uno de los barrios de peor fama de Montevideo). La «proximidad» supone un vínculo que implica emociones, riesgos. Pone en juego tanto la dimensión profesional como la humana y hay que gestionar la cercanía y la distancia, la comprensión de lo micro y lo macro, tomar partido en diferentes instancias, donde tampoco hay protección institucional. Se viven procesos que, por momentos, son vertiginosos y eventualmente conllevan una fragilidad peligrosa (*«no hubo un pedido a la institución de su historia clínica... y, ¿que vas a decir? a mi me llamó fulanita...»*), así como otros de una lentitud pasmosa (*«no sabemos qué va a pasar ni cuándo»*). Así a veces los resultados llegan a destiempo cuando la situación cambió (*«no entiendo por qué no me los sacaron cuando estaba presa y me los sacan ahora»*).

ESTADO TERRITORIAL Y ESTADO INCORPÓREO

Si hay una mano derecha y una mano izquierda del Estado, también hay un Estado con los pies en la tierra, el territorial, el que pone el cuerpo y tiene ojos para ver al otro, y otro Estado incorpóreo y ciego que no conoce las caras de las personas sobre las que dispone. Ambos Estados existen y operan sobre el mismo cuerpo del otro y sobre el mismo mundo social. Pero no actúan igual, no huelen, ni se exponen, ni se arriesgan de la misma forma. Hay veces que la intersección de ambos Estados, el territorial y el ajeno al barrio, no se entienden. Intentan hablar pero no siempre lo logran. Pero, sobre todo, uno de ellos se emociona, se amarga, se cuestiona, pone el cuerpo y el alma y parecería que el otro no. Una diferencia que no debe ser medida con ingenuidad ética, como si el de la cercanía y el de la emoción fuese preferible al de la imparcialidad y al de la ley. Ya sabemos que el segundo suele verse en problemas cuando el primero falta.

Si los pies en la tierra se involucra (Laura y Mariana saben los nombres de todos los hermanos, conocen la historia familiar, se han vinculado con quienes trabajan con cada uno, saben qué hizo la mamá para caer presa, especulan sobre por qué lo hizo, vieron a la mamá llorando, la abrazaron algunas veces, saben algo de la familia del padre de los niños más chicos), el Estado incorpóreo funciona con informes, emite fallos y actúa en consecuencia, pero apoyándose en los informes que, precisa-

mente, escribieron los agentes de la proximidad. Son de naturaleza distinta, pero coexisten. Y aquí se encuentra uno de los nudos gordianos de las políticas sociales de proximidad.

Quizá sea demasiado pedirle a las familias «intervenidas» que distingan el Estado territorial y el Estado incorpóreo, si todo es Estado. Quizá por eso los programas no son MIDES, ni la maestra Ana es ANEP. Para ellos son Ana la maestra, Robert del SOCAT y Laura la doctora de la policlínica. Quizá por eso cuando Eusebio, el médico del barrio —el que entraba a las casas aunque hubiera pulgas y mugre y no le importaba más que atenderlos—, no pudo ir más debido a las lesiones que sufrió en la agresión, Julián haya dejado de atenderse aunque tiene un cáncer de pulmón avanzado y en consecuencia también el MSP o ASSE dejaron de atenderlo. Pero al mismo tiempo, esos agentes de la proximidad se vuelven débiles y pueden ser arbitrarios cuando carecen del Estado incorpóreo, que no por ello es más débil. Y un médico es médico y no curandero, y una maestra es docente y no tutor o cura porque su trabajo de proximidad, los saberes de los que disponen y los remedios con los que cuentan se sostienen en las estructuras incorpóreas de aquel Estado que también debe estar más allá y más acá de las relaciones interpersonales. Sólo a ese precio los vínculos de la sociabilidad de proximidad pueden evolucionar hacia lazos de integración social.

En el caso relatado son las muchachas de UCC a las que llama una adolescente para decirles que su madre está presa, o que la internaron por lesiones generadas a partir de golpes que le propinó la mujer que se quedó a cargo de ella y sus hermanos, o cuando les prenden fuego la casa los del narco, aun cuando no estuvieran trabajando con ella. Y responden. Son las operadoras quienes ponen el cuerpo, al llevar al Pereira a una niña de 5 años que

verbalizó haber sido abusada y tienen que pelearse con la supervisora porque esa niña no tiene que ser atendida por el programa según su edad. Ellas tienen los pies en la tierra, ponen el cuerpo en el territorio y también frente al Estado incorpóreo de la burocracia y las rigideces normativas en situaciones de emergencia. Pero su acción no sería más que ineeficacia y acompañamiento afectivo si no fuesen capaces de movilizar a aquel Estado sin cuerpo con el que hay que lidiar cuando no funciona como corresponde.

Son las que cuidan, pero eventualmente quedan descuidadas por las instituciones (el propio programa, el sistema judicial), lo que revela la importancia de esa relación entre los dos Estados. Los operadores del MIDES y los de otros organismos trabajan juntos para esas familias y también se cuidan entre ellos. Todos han sentido en algún momento la orfandad institucional. Laura nos cuenta que cuando trabajaba en la policlínica 24 de Junio los robos eran permanentes. Un día tiraron bombas molotov, entraron y robaron. Cuando llamaron a ASSE para comunicar lo ocurrido, la pregunta que obtienen como respuesta es «¿se llevaron algo de valor?», como si la vida de ellas no lo tuviera. Todo ocurre con más fuerza en aquellas áreas de la vida social en las que el Estado impersonal está menos presente. Allí donde es más fuerte, los agentes de proximidad tienen con toda seguridad menos necesidad de poner el cuerpo.

Algunas señales positivas en relación a esto en la reciente incorporación de la atención a la salud ocupacional en el MIDES. Mariana nos cuenta que ella fue —cuando estuvo certificada por ataques de pánico, o de angustia— y le gustó muchísimo. La tarea del operador desgasta. Y es necesario *«hacer cosas para intentar llevar... intentar suavizar, hacerlo más llevadero. Que tiene un tiempo como fecha de caducidad, tiene... en algún momento... ya está»*.

Porque el Estado de proximidad necesita que el incorpóreo tome cuerpo, cual Leviatán, y esté allí cada vez que un agente necesita de él.

EL ESTADO COMO SOPORTE DE LA SEGURIDAD SOCIAL

El Estado puede luchar contra la pobreza toda vez que protege el ingreso de los trabajadores fijando un salario mínimo o a través de transferencias monetarias como la Tarjeta Uruguay Social o la famosa Bolsa familia de Brasil. Pero esa no es la única vía de respuesta a la cuestión social. También lo hace, principalmente, toda vez que protege de los riesgos sociales fundamentales. Cuando estabiliza el contrato de trabajo y alarga el horizonte temporal que brinda el empleo, cuando protege contra los riesgos de la vejez, la enfermedad, el accidente o el embarazo.

Uno de los efectos más sólidos y duraderos en la acción del Estado con las clases populares proviene de la creación de servicios públicos. Contrariamente a lo que se cree y se repite con cierta ingenuidad, los efectos democratizadores del servicio público no son del orden de la redistribución económica. El acceso gratuito a la educación a través de la escuela pública o a la cultura a través de una biblioteca, por ejemplo, brindan oportunidades de participación en la vida social a aquellos que no las tendrían si dependieran de su ingreso para ello. Pero los servicios públicos contribuyen principalmente en ampliar y enriquecer los espacios vitales de la ciudadanía, sea esta pobre o no. Cuando el Estado decidió que la socialización de las nuevas generaciones no estaría ya exclusivamente entre las manos de las familias y

de la religión, creó la escuela y abrió con ella un espacio de vida nueva, de producción de conocimiento, de sociabilidad y de vida colectiva que no existe sin ella.

Todas estas cuestiones atañen de modo fundamental al tipo de políticas sociales como las que ha instituido el MIDES a través de sus programas y, seguramente, ganaríamos en inteligencia política si los pensamos como servicios públicos. De atención a la primera infancia, de asistencia a la maternidad, de acompañamiento a los jóvenes, de sostén a la vida familiar y de producción de formas hasta entonces inéditas de solidaridad. Con todos los problemas que las políticas sociales conllevan y que tratamos aquí de desenmarañar y de traer a la luz. Pero que comprenderemos mejor si sacamos la política social de la sola idea de la redistribución de la riqueza y de la lucha contra la pobreza. Como hemos insistido y repetiremos aún a lo largo del texto, la principal contribución de estas políticas sociales no reside allí y es un error limitar su evaluación a su dimensión económica. Presente junto a quienes sufren de la precariedad, el Estado instituye nuevos soportes sociales que ayudan a levantar la cabeza y mirar hacia el horizonte.

Volvamos al ejemplo de la escuela, que también es una institución de proximidad. Probablemente la más sólida presencia del Estado en el territorio de las clases populares, para el caso de Uruguay como el de Argentina, que desafortunadamente no es igual en otros países de América Latina. Esta presencia tiene un impacto en el mundo de las clases populares que excede el fundamental aspecto del acceso y de la construcción del saber y del conocimiento, que excede incluso los importantísimos efectos de socialización política y de formación de la ciudadanía. Cuando el Estado implantó escuelas en el barrio popular o en la zona rural, creó un espacio de estabilidad en medio de un mundo inestable. Las familias disponen de un

santuario de seguridad en el que dejar a sus hijos para recuperarlos, unas horas más tarde, educados, protegidos, comidos, cuidados, en vida. Los niños disponen de un espacio social donde vivir una infancia protegida de la violencia y crecer al abrigo de la intemperie social. Un espacio idéntico a sí mismo que mantiene la regularidad de los horarios y que se basa en una relación protectora entre las generaciones. Esa presencia de la institución tiene un enorme efecto estabilizador de una existencia siempre insegura e incierta. La misma maestra durante todo el año, un ciclo escolar conocido de antemano y progreso con reglas que pueden anticiparse. Una directora que crece muchas veces junto a las madres del barrio.

Desde ese punto de vista, el de la seguridad social, cumple un papel fundamental el carácter de funcionario público del maestro y del profesor, su estabilidad en el empleo y su estabilidad de salario, su condición de trabajador protegido, aunque nunca de salario muy alto que digamos. Y más aún cuando sabemos que en la historia de la relación de las clases populares con la escuela, uno de los capítulos más importantes se escribió cuando las niñas de las familias trabajadoras accedieron al magisterio y pudieron volverse maestras, como cuando los hombres se hicieron policías y soldados. La seguridad del empleo y del salario cumplieron un rol estabilizador particularmente remarcable para las clases populares.

El caso del MIDES nos permite observar un tipo de intervención social desde este punto de vista. Los operadores, es decir los trabajadores sociales encargados de acercarse a los beneficiarios y a los barrios, fueron, en una primera fase, trabajadores contractuales en muchos de los casos subcontratados por asociaciones u ONG. Una serie de contratos disímiles, de status diferente, subcontrataciones, trabajadores independientes, contratos de duración y hasta de salario desigual se presentaron entre

los programas e incluso dentro de un mismo programa. Esto tuvo como consecuencia una rotación del personal y una inestabilidad de los equipos que dificultaba el seguimiento de las familias y, en definitiva, la integración de la institución en el universo del barrio. Contrariamente a la escuela, los programas no lograban constituirse en una presencia institucional estable y estabilizadora. Un cambio en el sistema de contratación tuvo lugar durante el año 2018, en medio de nuestra investigación, que remedió en gran medida a este problema.

Antes de ello, los operadores sufrían de la precariedad laboral y los beneficiarios de la inestabilidad provocada por la ida y vuelta de los operadores que los atendían, porque estos estaban empleados con contratos que se cortaban, los obligaban a interrumpir la labor, a cambiarse de lugar de trabajo, iban muchas veces de un barrio a otro. Tanto más que como en toda relación de servicio, en el caso de los programas de proximidad, las relaciones interpersonales cumplen un papel muy importante. Un ejemplo de esta situación que desestabilizaba permanentemente los equipos y era fuente de tensiones entre sus miembros es el caso de Juan:

«Una de las especificidades de la situación de Juan es su contrato por intermedio de servicios personales profesionales, a diferencia de sus compañeras quienes se encuentran contratadas por ONG. Esta forma de contratación influye en su remuneración, recibiendo un menor pago (ya que su contrato es por el mismo salario nominal que sus compañeras, pero él debe pagar de su bolsillo impuestos y cargas sociales) y en sus derechos laborales (no percibe aguinaldo ni salario vacacional)»¹.

«Me cuenta el equipo de Santa Catalina, que actualmente está compuesto por un educador y un coordinador

¹ Del diario de campo de Valentín Magnone, observando los equipos de Cercanías en el barrio de 3 Ombúes. Febrero de 2018.

(que el coordinador también se desempeña como educador, sólo que tiene una carga horaria adicional para actuar como coordinador del equipo); me dicen que no es la situación normal, pues habitualmente son tres en el equipo, pero que renunció un educador así que, de momento, son nada más que dos y entre ellos dos planifican la semana. Me dicen que esa renuncia tiene un impacto directo sobre la política de JER, pues la idea es que cada educador trabaje con 20 jóvenes y que, al irse uno de los educadores, esos 20 jóvenes con los que trabajaba quedan un poco a la deriva. Cuentan que tratan de darle alguna especie de seguimiento aunque, evidentemente, no es lo mismo que tener un educador referente. Una estabilidad que es muy importante en un lugar donde la inestabilidad es la norma de vida de aquellos con quienes se busca trabajar. Mauricio aprovecha la ocasión para hablar con Gustavo, un joven de Santa Catalina que cumple con el perfil de ingreso a JER, pero que viene poco a las actividades. Ya habían tenido alguna conversación, pero Mauricio no ha logrado que efectivamente se integre: «*Te esperé el otro día*», le dice Mauricio. «*Sí, no pude ir*», contesta Gustavo. «*Sí, de eso ya me di cuenta*», le responde Mauricio y ambos ríen. Siguen hablando. Mauricio le dice cuándo se puede sumar y le insiste en que se acerque al centro cultural. Al cierre de las actividades, Mauricio y Carla, operadores de JER, hablan sobre la situación de Gustavo, de cómo ha ido a las actividades de verano, pero más que nada por estar con el grupo... Y un rato más tarde, siempre en el centro cultural donde funciona el equipo de JER: Mientras conversamos aparece un joven que participó en el programa de JER hasta principios del año pasado, pero que aún hasta hoy tiene el centro y al equipo como referencia. Les pregunta cómo hace para sacarse el carnet de salud porque quiere cambiar de trabajo. Actualmente, trabaja en una carpintería que queda cerca

del centro cultural, pero allí dice no tener posibilidades de progreso»².

Así, hay una apuesta mayor de los programas y una dificultad a vencer frente a la inseguridad social. Cuando comparamos las situaciones de dos equipos, en dos barrios bien alejados de Montevideo, apuntamos:

«Un punto en común en ambos equipos es la característica imprevisible del trabajo. Cuando se les pidió que describieran cómo era un día de trabajo, ambos equipos señalaron la imposibilidad de tal descripción: su trabajo está marcado fuertemente por los emergentes territoriales que surgen de los propios jóvenes y, en tal sentido, gran parte de su trabajo es responder a los imponderables que aparecen diariamente. De todas maneras, esto no es entregarse a un esperar inactivo por parte de los equipos, sino que organizan sus actividades semanalmente, pero siempre de modo tentativo y dejando espacio a actividades que pueden surgir. Un ejemplo: el período en que se observó el trabajo de los equipos coincide con el período de inscripción a clases en secundaria y UTU y, en tal sentido, muchas de sus tareas consistían en acompañar a los chiquilines a las inscripciones en los centros correspondientes y ese acompañamiento se da en fechas y horarios establecidos por las instituciones educativas, no por los grupos de JER. Deben responder también a situaciones inesperadas: en una de las observaciones realizadas, una joven intervenida por el programa que se iba a anotar a un centro educativo, a último momento, no encontró su documento de identidad por lo que su educador tuvo que dar apoyo, de imprevisto, sobre cómo superar ese inconveniente.

2 Del diario de campo de Marín Biramontes siguiendo la actividad de los operadores del MIDES en los barrios de Santa Catalina y de Villa García en febrero de 2019.

La organización semanal, de todas maneras, es bastante más organizada en Santa Catalina que en Villa García. Esto se debe, en gran medida, a que Santa Catalina es un territorio más pequeño y, por tanto, más abordable. Mientras que el equipo de Santa Catalina trabaja regularmente en el Centro Cultural Carlos Carrasco, el equipo de Villa García, que cubre un territorio mucho más amplio, tiene cuatro centros desde los cuales operan»³.

Esto es lo que aparece cuando ponemos en el centro de la mirada sobre la cuestión social la idea de inseguridad social. Robert Castel sostenía que una de las principales formas de sufrimiento del proletariado industrial fue el hecho de no saber qué ocurriría mañana (*ne pas savoir de quoi demain sera fait*) y que este había sido el principal combate de la clase obrera: estabilizar el presente para poder proyectarse hacia el futuro.

En 2017 el MIDES puso en marcha un proceso de regularización de esta situación inestable y dispar en las contrataciones de los trabajadores sociales de los equipos, los operadores. Un vasto proceso que terminó en una homogeneización de la totalidad del personal y que ha tenido efectos muy importantes. El largo plazo y el seguimiento reposan sobre la estabilidad contractual de los operadores y sobre su capacidad para movilizar recursos. El impacto estabilizador es bidireccional. Por un lado, hacia las otras instituciones públicas que los operadores deben movilizar: la escuela, la UTU, la policlínica o el hospital, el registro civil o el BPS. Los operadores van construyendo una relación de conocimiento mutuo y de confianza que los ayuda mucho en su labor y que despierta también solidaridades institucionales. En cambio, cuando observábamos las situaciones de inestabilidad y rotación de los equipos, las otras instituciones manifestaban una fuerte

3 *Ibidem.*

desconfianza hacia los trabajadores del MIDES. Hacia el otro lado, el seguimiento de la situación de una madre embarazada, de un joven, de un bebé o de la escolaridad de un niño, de la evolución de un problema habitacional o de las dificultades frente al desempleo de un adulto, de la enfermedad crónica de una persona mayor o de los conflictos en el seno de una familia necesitan de presencias largas y estables en los barrios. Por último, la integración de la institución social en la vida local permite un conocimiento y una capacidad de acción que no puede tener el recién llegado. Una vez más seguridad e inseguridad son preciadas claves de funcionamiento del Estado social. Más sólido y estable sea este, más sólido y estable es el soporte que puede brindar a las familias y a los individuos.

4. Los tiempos del barrio

¿ENTRE PROGRESO Y ESTANCIAMIENTO?